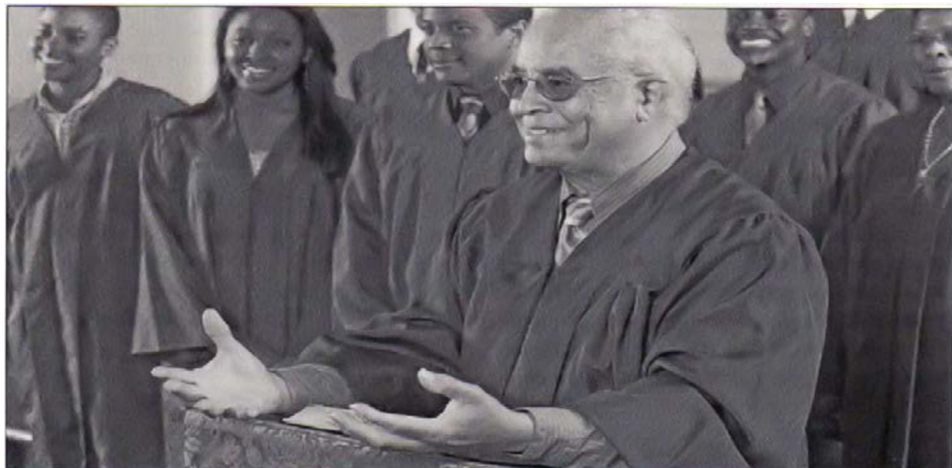
El mandato divino



La verdad ha de ser esparcida por todos los que pretender ser discípulos de Cristo. Ha de sembrarse sobre todas las aguas.

LA ORDEN de «id por todo e! mundo» (Marcos 1 ó: 15) resuena en los oídos de los seguidores de Cristo hasta hoy. No podemos rehuir semejante responsabilidad.

«Cristo se hallaba solo a pocos pasos del trono celestial cuando dio su comisión a sus discípulos. Incluyendo como misioneros a todos los que creyeran en su nombre, dijo: "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura". El poder de Dios había de acompañarlos» (*Servicio cristiano,* p. 14).

El mandato de predicar incluye a los laicos (Mateo 28: 18-20). «Tampoco recae únicamente sobre el pastor ordenado la responsabilidad de salir a realizar la comisión evangélica [...]. Es un error fatal suponer que la obra de salvar almas depende solamente del ministro [...]. Dios enviará a su viña a muchos que no han sido dedicados al ministerio por la imposición de las manos» (*Los hechos de los apóstoles,* cap. 11, pp. 85, 86, APIA).

«La diseminación de la verdad de Dios no está restringida a unos pocas pastores ordenados. La verdad ha de ser esparcida por todos los que pretenden ser discípulos de Cristo. Ha de sembrarse sobre todas las aguas» (*Servicio cristiano,* p. 87).

Hubo prominentes predicadores laicos en la iglesia primitiva que estuvieron dispuestos a consagrar sus vidas y sus recursos a la bendita causa de la predicación. En los albores de la iglesia Cristo designó a los setenta (Lucas 9:1-7; 10:1-6), a los cuales envió de dos en dos delante de sí, a toda ciudad y lugar a donde él había de venir. Los laicos iban por todas partes anunciando la palabra (Hechos 8: 1-4).

«Las buenas nuevas de un Salvador resucitado fueron llevadas hasta los últimos confines del mundo conocido [...]. Centenares proclamaron el mensaje: "El reino de Dios se ha acercado". No podía contenérselos o intimidárselos con amenazas. El Señor hablaba por medio de ellos; y doquiera fueran, los enfermos sanaban, y los pobres oían el evangelio. De un modo igualmente poderoso puede Dios obrar cuando los hombres se entregan al dominio de su Espíritu» (*Servicio cristiano,* p. 315).

Esteban y Felipe —dos diáconos de la iglesia primitiva— llegaron a ser predicadores poderosos. Los predicadores laicos ayudaron también a dar el mensaje en el movimiento de 1844.

En los tiempos de Jesús, los laicos desempeñaban un papel importante en la predicación del evangelio y se constituían en un argumento fuerte en contra de la incredulidad sembrada por los fariseos. La iglesia primitiva tuvo que lidiar con la adversidad y la oposición, pero nunca los predicadores laicos se amilanaron frente a esa intimidación.

«Pero como el mensaje del cielo no podía encontrar sitio más que en el corazón de unos cuantos de los que se llamaban ministros de Cristo, la obra fue confiada a muchos seglares. Unos dejaron sus campos y otros sus tiendas y almacenes para proclamar el mensaje; y aun no faltaron profesionales de carrera liberal que abandonaron el ejercicio de su profesión para sumarse a la obra impopular de difundir el mensaje del primer ángel» (*Testimonios selectos,* tomo 2, p. 200).

Algunos predicadores laicos:

William Miller y su llamamiento a predicar: «Un agricultor íntegro y de corazón recto, que había llegado a dudar de la autoridad divina de las Santas Escrituras, pero que deseaba sinceramente conocer la verdad, fue el hombre especialmente escogido por Dios para dar principio a la proclamación de la segunda venida de Cristo» (*El conflicto de los siglos,* cap. 19, p. 317, APIA).

Jaime White: Se unió al movimiento adventista como predicador laico. Fue maestro de escuela, pero sus talentos de organización y dirección hicieron de él un poderoso predicador y finalmente un dirigente de la iglesia. Los predicadores laicos ayudarán a terminar la obra. «En todos los campos, cercanos y lejanos, habrá hombres que serán llamados a dejar el arado y los negocios que ocupan de costumbre el pensamiento, para prepararse junto a hombres de experiencia. A medida que aprendan a trabajar con éxito, anunciarán la verdad con poder, Merced a las maravillosas operaciones de la Providencia divina, montañas de dificultades serán removidas y arrojadas al mar» (*Servicio cristiano,* p. 31).

«En el futuro, el Espíritu de Dios impresionará a personas que se dedican a los quehaceres comunes de la vida para que dejen sus empleos ordinarios y salgan a proclamar el último mensaje de misericordia» (*Testimonios para la iglesia,* tomo 7, p. 29).

Cientos se sumaron a este llamado de predicar el mensaje de salvación a un mundo que urgentemente necesitaba del bálsamo *y* la misericordia de Cristo. Hoy estamos frente al mismo desafío. No hay tiempo que perder. Solo nos queda una alternativa: aceptar la orden de ir «por todo el mundo» (Marcos 16:15).

¿Cómo responderás? ¿Cuál será tu participación? Responde positivamente. No dudes. Ven y conviértete en un buen predicador de la Palabra de Dios.

Melchor Ferreyra
Director de Ministerios Personales
División Interamericana